

ANATOMÍA DEL *BERLUSCONISMO*

Lo que Italia está experimentando con Berlusconi no es el fascismo. La dictadura propiedad de Berlusconi no es la dictadura política de Mussolini. Por encima de otra cosa, el fascismo era la violencia de las «escuadras de combate» de Mussolini: las bandas armadas que incendiaban los locales de sindicatos, de partidos de izquierda y de asociaciones obreras; que atacaban y golpeaban a individuos y les obligaban a beber aceite de ricino para añadir la humillación a la violencia. El fascismo era esencialmente violento, una apropiación del poder que subvertía explícitamente la ley. Su violencia y subversión se hubiera podido parar con facilidad si una mayor parte de las fuerzas e instituciones políticas «moderadas» del país hubieran valorado la legalidad por encima del beneficio y del privilegio. En vez de ello, la violencia fascista encontró un ferviente apoyo en sectores decisivos del Estado y el consentimiento del resto: desde el rey al ejército, desde el presidente del gobierno, Luigi Facta, y el anterior primer ministro Giovanni Giolitti, al filósofo Benedetto Croce.

Giolitti y Croce estaban convencidos de que podían utilizar el fascismo contra los «rojos» y después deshacerse de él, una vez que hubiera hecho el trabajo sucio. Pero esto se demostró una funesta ilusión. Una vez que llegó a la jefatura del gobierno, Mussolini transformó rápidamente el poder ejecutivo en un poder *tout court*. Gracias a la debilidad y a las divisiones de la oposición, así como a la aprobación de hecho de católicos y liberales, obtuvo la consagración electoral. A partir de ese momento no hubo nada que le parara: liquidó al resto de partidos, abrogó la libertad de prensa y ordenó el asesinato del líder de la oposición, Giacomo Matteotti. Creó un sistema de vigilancia que era declaradamente fascista e introdujo reformas legislativas para criminalizar cualquier forma de disidencia. Ya que los magistrados normales no perseguían los nuevos crímenes políticos con la necesaria severidad, creó un Tribunal Especial para imponer a sus oponentes años de prisión o de «exilio interno», el *confino*¹.

¹ La residencia forzosa en islas casi deshabitadas; algunos antifascistas que sufrieron este castigo lo llamaron, con humor negro, unas «vacaciones». En 2003, Berlusconi, por el contrario, para rehabilitar a Mussolini, declaró que el Duce no hizo nada más grave a sus oponentes que invitarles a pasar unos años de vacaciones.

La dictadura fascista no se limitaba a la represión. No le bastaba la destrucción de partidos políticos, sindicatos y libertad de prensa, sino que exigía la integración orgánica de todos los italianos dentro del régimen, haciendo obligatoria esta participación; para el régimen, ser italiano significaba ser fascista. Creó un exhaustivo sistema de vigilancia mutua: cada edificio tenía su «encargado de casa», de probada fe fascista, que mantenía informada a la policía secreta de la más mínima murmuración en contra del régimen. Pero yendo mucho más allá de esta vigilancia, la totalidad de la vida estaba reglamentada, «fascistizada», y ello empezaba por los niños. A la edad de cuatro años, los niños se convertían en los Hijos e hijas de la Loba, en referencia al símbolo de la romanidad; a los nueve, un niño se convertía en un Balilla –en referencia al niño genovés que en 1746 desencadenó una sublevación contra los ocupantes Habsburgos– y una niña, en una Pequeña Italiana; y a los catorce en un *Avanguardista* y en una Joven Italiana, respectivamente. A los dieciocho se unían a la Organización de la Juventud Fascista, mientras que aquellos que iban a la universidad se hacían miembros de los Grupos Universitarios Fascistas. En 1934, los ganadores de la competición cultural anual, los Juegos Fascistas, recibían una «M» (de Mussolini) de oro bordada en sus chaquetas. Para todos los grupos de edades, la educación también era paramilitar, empezando con fusiles de juguete para los Hijos de la Loba y acabando con instrucción militar para los estudiantes, bajo pancartas que decían: «El libro y el mosquete hacen el fascista perfecto».

Mientras los jóvenes eran adoctrinados, los adultos solamente podían acceder a los servicios sociales de un Estado del bienestar en ciernes mediante su adscripción activa al fascismo. La Organización Nacional para la Atención a Madres e Hijos proporcionaba asistencia sanitaria antes y después del nacimiento y la profilaxis y los cuidados para la tuberculosis infantil; la Administración Nacional de Veteranos organizaba la asistencia social para los veteranos de la Gran Guerra; el Instituto Fascista Nacional de Bienestar Social proporcionaba seguro de desempleo, ayudas a la familia y salarios complementarios para obreros que habían sufrido suspensión de empleo o habían visto reducidas sus horas de trabajo; y el Club Recreativo Nacional, en palabras del propio régimen, se cuidaba de la «elevación física y moral del pueblo a través del deporte, el excursionismo, el turismo, la educación artística y la cultura popular». Además de esto, había campamentos de verano para niños y adolescentes y cursos de primeros auxilios, higiene y economía del hogar para la «mujer fascista».

Se dijo adiós al «tiempo libre». Durante la jornada laboral patronos y empleados estaban organizados en las «corporaciones» y sindicatos del régimen. No había momento o circunstancia del día que escapara de las afirmaciones ético-políticas de un régimen cuyo ideal no era otra cosa que la «fascistización» de la existencia. Esta voluntad totalitaria se aplicaba con especial rigor en lo que se refería a la cultura. La centenaria independencia de las universidades quedó desmantelada: se exigió a todos los catedráticos que realizaran un juramento de lealtad al fascismo; de un total de 1.250, exceptuando a 12 (o 14, según otros cálculos), todos se sometieron. El cine merece especial atención,

el régimen le dio un gran empuje, consciente del poder de sugestión de la pantalla. Los noticiarios previos a cada película eran rigurosamente fascistas, y aunque las películas de propaganda explícita no tuvieron demasiado éxito, hubo una gran audiencia para películas ambientadas en la antigua Roma –dirigidas a sugerir analogías con el imperio fascista– y para las vomitivas historias íntimas del buen burgués que alejaban a la audiencia de los problemas de la vida real. El fascismo, en resumen, quería saturar con su presencia todas las esferas de la existencia porque quería crear un nuevo tipo de ser humano. Quería modelar a cada individuo de acuerdo con su propia doctrina, alternando la violencia con la cooptación por medio de los servicios sociales o el adoctrinamiento; la zanahoria y el palo, como dijo el propio Mussolini.

Forma versus sustancia

En la Italia de Berlusconi no hay nada, o muy poco, de todo esto; por lo menos hasta ahora. En primer lugar, no existe la violencia de las «escuadras de combate», y la diferencia entre el consenso obtenido mediante la violencia física y el que proporciona la manipulación de los medios de comunicación es fundamental, especialmente para aquellos que la sufren. En la Italia actual hay una pluralidad de partidos políticos, de periódicos, de organizaciones sindicales. A intervalos regulares se elige un Parlamento por medio del voto secreto. Se admite la independencia de las universidades. Los jueces son nombrados después de aprobar oposiciones y están «sometidos solamente a la ley»; es decir, son independientes del poder ejecutivo. En resumen, la Constitución oficialmente en vigor todavía es la Constitución republicana aprobada en 1947 y nacida de la resistencia antifascista. Una descripción meramente formal de sus instituciones no revela nada que diferencie a la Italia de Berlusconi de las democracias liberales del resto del mundo.

Pero, como es bien sabido, las descripciones formales pueden ser engañosas. Sobre el papel, la Constitución de 1936 de la URSS, la «Constitución de Stalin», era la más democrática del mundo. Incluso sin examinar el abismo entre teoría y práctica, todas las escuelas de ciencias políticas están de acuerdo en que el término «multipartidismo» puede expresar u ocultar una diversidad de situaciones, ya que lo más importante son las condiciones de fondo en las que se producen las votaciones; las premisas materiales o socioculturales de la democracia. En un país dominado por bandas de traficantes de droga, una votación secreta formal no puede garantizar verdaderamente el derecho de elección de los ciudadanos. Además, para ejercer adecuadamente esa elección también se requiere un mínimo nivel de información precisa sobre los hechos y los candidatos. El principio de «una persona, un voto» establece la técnica para el ejercicio de la autonomía de cada ciudadano, pero no menos necesarias son las condiciones preexistentes de igualdad de derechos políticos y de información, de legalidad y seguridad.

Por ello, vamos a considerar estas premisas de la democracia, eficazmente en vigor en la Italia de Berlusconi, empezando por la «información». Aquí

hay dos indicadores clave: la imparcialidad –atenerse a los hechos– y la pluralidad, número de canales de televisión y de emisoras de radio, agencias de prensa, periódicos y agencias de publicidad. En Italia, la única fuente de información para el 90 por 100 de la población es la televisión. Con la excepción de una pequeña cadena –La7, con una audiencia máxima del 10 por 100²–, Berlusconi controla totalmente la información que ofrece la televisión. Controla directamente la mitad de los seis canales nacionales –los canales «comerciales» que son su propiedad privada– e indirectamente los otros seis (de propiedad pública), ya que están bajo la autoridad de su mayoría de gobierno, que impone el personal y la programación. De hecho, de las docenas de noticiarios televisivos, informativos especiales y programas de debate existentes, solamente quedan dos en los que todavía se emiten hechos molestos para el gobierno; uno de ellos, que Berlusconi ordenó cerrar, sobrevive, por ahora, solamente gracias a un mandamiento judicial. El resto está silenciado. El «periodismo» televisivo no se limita a la manipulación y endulzamiento de los hechos; directa y simplemente elimina cualquier información que presente a Berlusconi bajo un ángulo inadecuado. Por ejemplo, en junio de 2010, su mano derecha, el senador Marcello Dell'Utri, después de perder la apelación, fue condenado por complicidad en conspiración con la Mafia y sentenciado a siete años de prisión; pero los principales informativos de la televisión anunciaron su absolución porque no fue condenado por acusaciones referentes a delitos cometidos desde 1992.

La situación de los medios impresos es diferente, pero solamente el 10 por 100 de los italianos leen un periódico (incluyendo los deportivos). En estos días los periódicos solamente se dirigen a los pocos de la elite. Pero incluso en el terreno editorial Berlusconi posee el control de numerosas publicaciones y de la editorial más importante, Mondadori, y después de un primer intento por apoderarse del principal diario, *Il Corriere della sera*, está preparándose para intentarlo de nuevo, ahora que se ha ganado amigos de confianza entre las filas de importantes accionistas.

Corroer la justicia

En todo caso, el daño que el régimen de Berlusconi ha hecho al principio de igualdad ante la ley es incluso más grave que el producido en la esfera de la información. En Italia este principio es una conquista muy reciente y solamente parcial. Incluso después de que entrara en vigor la Constitución de 1947, la justicia continuaba siendo básicamente una cuestión de clase: una impunidad prácticamente total para todos los sectores del *establishment*, rigor absoluto para los que no tienen amigos en puestos eleva-

² Anteriormente se mantenía entre el 2 y el 3 por 100, pero ha aumentado rápidamente desde septiembre de 2010, después del nombramiento como director de informativos de Enrico Mentana, un periodista de centro derecha que durante muchos años trabajó para Berlusconi en la cadena Mediaset.

dos. El principio reinante era el que hace un siglo expresó con célebre cinismo Giovanni Giolitti: «Con los enemigos se aplica la ley, con los amigos se interpreta». Las cosas no empezaron a cambiar hasta 1970, debido a una combinación de razones de las que no puedo ocuparme aquí, excepto para decir que el «efecto expansivo» del movimiento igualitario de 1968 tuvo algo que ver con ello. Unos cuantos magistrados —a los que la prensa conservadora inmediatamente calificó como los «magistrados en busca de beneficios»— empezaron a investigar escándalos de corrupción que implicaban a grandes grupos industriales y a miembros del gobierno. Pero la mayor parte de estas investigaciones finalmente acabaron en la fiscalía de Roma, el «puerto de la bruma», como se la llamaba por su sistemático encubrimiento de estos casos. Aun así, en la década de 1980 crecía el número de jueces que no temían inspeccionar los tratos de los poderosos; el resultado fue la famosa investigación *Mani pulite* («Manos limpias»), sobre la corrupción política, en 1992. Esta investigación empezó como un caso menor de corrupción referente a un hospicio de Milán, construido en 1771 y orgullo de la ciudad, y acabó implicando a todo el sistema político y a la mayoría de los más importantes empresarios del país. Fue el momento en que la administración de justicia estuvo más cerca de la letra de la Constitución: la ley aplicada a todos por igual, la actuación penal obligatoria, la independencia del poder judicial, sometido solamente a la ley.

Berlusconi está destruyendo todo esto, de manera sistemática y muy a menudo con la complicidad, o por lo menos el consentimiento, de la oposición ex comunista. Respecto al Código Penal, ha conseguido la aprobación de un gran número de leyes *ad personam*, que han despenalizado delitos por los que él (o sus amigos) habían sido condenados en primera instancia o corrían riesgo de ser condenados en el futuro³. Una vez que el delito ha desaparecido, la absolución es automática. Como resultado, prácticamente ninguno de los típicos delitos de los «cuellos blancos» puede ser perseguido en la actualidad. Por poner sólo un ejemplo, una ley aprobada en abril de 2002 despenalizó de hecho el «fraude presupuestario» y lo hizo unas semanas antes de que el Congreso de Estados Unidos, después de una oleada de indignación popular por los escándalos financieros, aprobara la ley Sarbanes-Oxley, que elevaba las penas por delitos de este tipo. Semejante despenalización fue de la mano con cambios de procedimiento —reduciendo los tiempos de prescripción, obstruyendo la utilización de los mandamientos rogatorios internacionales— que facilitan que individuos acusados de estos y otros delitos similares encuentren lagunas legales; al mismo tiempo, el gobierno de Berlusconi ha perseguido una política «material» que priva al sistema judicial de recursos técnicos y de personal administrativo. Con un buen abogado, el juicio de una persona «excelente» casi siempre acaba superando el plazo límite y el acusado sale con un expediente limpio.

³ El periodista de investigación Marco Travaglio ha catalogado docenas de estos casos en su libro *Ad personam*, Milán, 2010. Travaglio también es coautor de un libro que ahonda en los «orígenes y misterios» de la fortuna de Berlusconi: *L'odore dei soldi*, Roma, 2001, edición revisada 2009.

A todo esto hay que añadir la intimidación institucional y la agresión de los medios de masas a magistrados que continúan realizando su trabajo. Incluso una crónica abreviada llenaría todo un libro. En algunos casos ha habido «advertencias» al mejor estilo mafioso; y en todos los casos ha habido campañas muy eficaces, por parte de los medios de comunicación de masas, que han convencido a la parte más desinformada de la población de que Berlusconi es una víctima de las «togas rojas» (cuando, de hecho, muchos de sus «inquisidores» pertenecen a las corrientes más centristas de la judicatura). Podemos añadir la permanente corriente de funcionarios de la policía que son trasladados por ser demasiado diligentes en investigaciones inoportunas para los poderosos, un asombroso número de casos, incluso aunque cada uno de ellos, por sí mismo, no constituya noticia. También hay que añadir la impunidad que garantiza el gobierno –de nuevo con la colaboración del centro izquierda– a los agentes de lo que es un verdadero centro para la vigilancia ilegal y que está en manos del SISMI, los servicios secretos italianos. Este centro –despreciando tanto la gramática como la ley– «prestó atención», hablando correctamente, espío a numerosos magistrados, periodistas, intelectuales y empresarios a los que las autoridades de Berlusconi consideraban «enemigos»; yo mismo tuve el honor de encontrar mi nombre en su lista. Habida cuenta de que esta atmósfera de deslegitimación e intimidación lleva durando cerca de veinte años, resulta sorprendente que todavía haya tantos magistrados que continúan haciendo su trabajo, negándose a creer que los poderosos son intocables.

Regresión cultural

Respecto a las escuelas y la cultura, las cosas no están mejor que en el terreno de la justicia. Aquí la destrucción de la independencia crítica ha llegado no a través de la inculcación de una ideología fascista, sino más bien por la creación de un *pensée unique* que funde el conformismo con la espectacularización comercial y que reduce la cultura a una forma de consumo. La gestión de la herencia cultural del país ha sido retirada a los especialistas –arqueólogos, restauradores, historiadores del arte– y la dirección de sus museos ha sido encomendada, por ejemplo, a un Mario Resca, antiguo director general de las operaciones italianas de McDonald. La ciencia ha sido maltratada con financiaciones miserables, con nombramientos humillantes –el vicepresidente del Consejo Nacional de Investigación, Roberto de Mattei, es un fundamentalista católico que piensa que los dinosaurios y el *Homo Sapiens* vivieron juntos hace 20.000 años⁴– y con programas de televisión fervorosamente dedicados al «misterio» y la «objetividad» de

⁴ De Mattei publicó un libro a expensas del CNR con el título *Evoluzionismo, tramonto di una ipotesi*, Siena, 2009 [*Evolucionismo, el fallecimiento de una hipótesis*]. El libro mantiene, entre otras cosas, que el Gran Cañón del Colorado se formó en un año como consecuencia del Diluvio; que la Tierra no tiene miles de millones de años de antigüedad; y, más en general, que la hipótesis científica de Darwin nunca ha sido probada y, de hecho, procede de prejuicios ideológicos anticristianos.

los milagros: los estigmas del padre Pío, las vírgenes que lloran sangre, etc. Más grave todavía es que el sistema público de educación ha quedado arruinado, reduciéndose el número de profesores para todas las asignaturas excepto para la de religión (donde a los profesores los paga el Estado, pero los nombran los obispos).

El principio de laicidad del Estado, ya pisoteado por el Concordato fascista de 1929 y por el Artículo 7 de la actual Constitución, que lo confirmó (gracias a Togliatti), se ha visto sometido a una nueva y diaria humillación. El clima de los medios de comunicación de masas es de perenne deferencia hacia el Vaticano, mientras que la legislación intenta transformar en crimen lo que la jerarquía de la Iglesia considera pecado. La Cámara alta del Parlamento ya ha aprobado una ley que anula la validez de las «voluntades de vida» —que establecen que uno no desea que se le mantenga artificialmente con vida, en estado de coma— y hace obligatoria la alimentación e hidratación artificial. En muchos hospitales las mujeres se han visto, de hecho, privadas del derecho a abortar gracias a la generalización de la «objeción de conciencia» de médicos y enfermeros, fomentada por las autoridades políticas. El que la Conferencia Episcopal italiana se enfrente a una investigación policial, como la que se realizó en Bélgica el año pasado, es algo que pertenece por completo a la ciencia ficción. Por el contrario, los tratos entre la Curia y los poderosos, tanto al límite de la ley como más allá, pertenecen a una realidad cotidiana.

Criminales de hecho

Pero donde se demuestra más espléndidamente la arrogancia del régimen es en la corrupción y la falsedad. Los cálculos oficiales de la Oficina de Contabilidad General sitúan el coste de la corrupción entre 60 y 70 millones de euros, pero los daños se ven agravados por una multitud de efectos colaterales: obras públicas necesarias que nunca se realizan, trabajos inútiles que quedan a medio acabar, nombramientos de personas, en todos los sectores, incompetentes, pero fieles a los corruptos. El resultado es un mar de ineficacia y desperdicio, por no decir de robo. El Parlamento tiene un índice de delincuencia que es estadísticamente mayor que el de muchos barrios «conflictivos»: veintenas de miembros con condenas definitivas y un gran número de ellos bajo investigación o sometidos a juicio⁵. En un momento dado, el gobierno de Berlusconi podía alardear de tener un ministro nombrado expresamente para impedir que se le llevara a juicio⁶; un subsecretario con una orden de arresto por actividades relacionadas con la Camorra (Nicola Cosentino); y a toda una «banda», como se la llamaba en una

⁵ Para más detalles, véase Peter Gomez y Marco Travaglio, *Se li conosci li eviti*, Milán, 2008 [*Si les conoces, les evitas*].

⁶ Este ministro, Aldo Brancher, ya había sido condenado durante las investigaciones de «Manos limpias», y fue obligado a dimitir por un público escandalizado, al que también se le unieron protestas de la derecha.

conversación telefónica intervenida a dos individuos bajo investigación, para el reparto de toda clase de contratos. No se pierden ninguna oportunidad, ya sean los Campeonatos del Mundo de Natación de Roma, en 2009, el terremoto de L'Aquila el mismo año, o la Expo de Milán para 2015.

Historiadores y periodistas han constatado que el partido original de Berlusconi, Forza Italia, nació en medio de negociaciones entre elementos del aparato del Estado y la «cúpula» de la Mafia. También ha habido sentencias judiciales que apoyarían esta opinión, pero, debido a la falta de pruebas «más allá de cualquier duda razonable», no ha habido condenas. Aparte de la confirmación de la sentencia contra el senador Dell'Utri —que tuvo un papel clave en la fundación de Forza Italia, gracias a los largos tentáculos de la agencia Publitalia—, se acumulan montañas de evidencias sobre las razones del asesinato en 1992 del magistrado antimafia Paolo Borsellino. De hecho, tres oficinas de la Fiscalía todavía están investigando los «misterios» de ese decisivo periodo de dos años: en 1992, el asesinato de Borsellino, de su colega Giovanni Falcone y sus escoltas; en 1993, la serie de coches bomba en Roma, Milán y Florencia, algunos de los cuales dañaron gravemente edificios históricos y destruyeron obras de arte de incalculable valor (también hubo un frustrado intento de colocar una bomba en el estadio olímpico de Roma). El carácter de hampa del séquito de Berlusconi ha superado ya lo que Brecht imaginó con el personaje de Mackie Cuchillo.

Si el modelo literario respecto al crimen y la moralidad es Brecht, respecto a la comunicación es Orwell. La televisión berlusconiana ha convertido la pesadilla de la *Neolengua* en una realidad, retorciendo el significado de las palabras hasta convertirlas en sus opuestos. Los jueces que abren procedimientos contra Berlusconi y sus amigos son «magistrados politizados»; el monopolio televisivo es un triunfo del «libre mercado»; exigir respeto por la Constitución es despertar el odio; los impuestos se han reducido y si suben los culpables son el euro y los anteriores gobiernos de centro izquierda; los medios de comunicación de masas (incluyendo los suyos) están dominados por el «*Establishment*» y por periodistas de la oposición; el «*Establishment*», en confabulación con el Tribunal Constitucional, está violando el derecho de la mayoría a gobernar (entendido como su derecho a hacer lo que le dé la gana). La lista es interminable.

Berlusconi también imita *1984* en otros aspectos, por ejemplo, en las espantosas exigencias del «Ministerio del Amor». Bautizó a su propia organización como el «partido del amor», tachando al centro izquierda (junto a los magistrados y periodistas independientes) de «partido del odio». Junto a esta maniquea construcción ha llegado una ola de fanatismo, de rituales de entusiasmo y devoción dignos de Ceausescu, repletos de consignas y canciones que acompañan a sus apariciones públicas⁷. El himno de su partido es

⁷ Fedele Confalonieri, camarada de armas de Berlusconi, una vez le describió con toda seriedad como «un Ceausescu bueno».

modestamente titulado «Gracias a Dios que está Silvio!». Berlusconi es la encarnación del Gran Hermano no sólo en el sentido orwelliano, sino también en el sentido del *reality show* televisivo: la ilusión se hace pasar por realidad de acuerdo con un guión concebido por el régimen; pero más allá del artificial escenario no hay otra cosa que ruinas. Eso es lo que sucedió, por ejemplo, con la reconstrucción posterior al terremoto de L'Aquila⁸.

En esta falsificación de la democracia, el debate político pierde cualquier vestigio de argumentación racional. Los «hechos» dejan de existir, nadie está ya constreñido por los vínculos de la lógica. Se puede negar hoy lo que se afirmó ayer y, en el transcurso de la misma conversación, sostener una opinión y su contraria. Lo que cuenta es la capacidad de acallar a un oponente, de mentir sin vergüenza, de presentar una fachada arrogante, de lanzar un insulto vulgar en el momento adecuado. Toda la panoplia de falacias semánticas y pragmáticas estigmatizadas en los tratados de retórica se consideran ahora virtudes. Lo irracional se convierte en una segunda naturaleza, no sólo para el político, sino también para el votante. De hecho, el votante, a la vista del desprecio de los políticos por los hechos y por la lógica, cae víctima de la fascinación ante la «voluntad de poder». Aclamado en vez de desenmascarado, este desprecio se desborda en una falsa ilusión de omnipotencia para el político y en un deleite en la sumisión para el ex ciudadano.

Democracia degradada

Así, aunque el régimen de Berlusconi no es fascismo, no cabe duda de que es una forma nueva y sin precedentes de destrucción de las instituciones liberal-democráticas y del menor de los valores públicos que las sostienen. Aquí dejamos de lado su política económica y social, el crecimiento exponencial de la desigualdad, la devastación del bienestar y la polarización de la riqueza, porque éstos son fenómenos que están socavando y degradando a todas las democracias occidentales. Nos estamos ocupando solamente de las características institucionales de las democracias modernas, que deberían ser irrenunciables tanto para la derecha como para la izquierda. Berlusconi está vaciando de contenido una de las mejores constituciones liberal-democráticas del mundo, reemplazando un sistema de control y equilibrio del poder y de legitimidad de derechos inalienables del individuo por la despótica voluntad de un hombre que, una vez que ha obtenido una mayoría electoral, se convierte en el Ungido por el Señor⁹. Pero la idea de que la mayoría concede una autorización sin límites es un principio jacobino y, dando dignidad histórica a un régimen de pura especulación, podríamos describir al régimen de Berlusconi como un jacobinismo de los ricos.

⁸ Como se cuenta en la extraordinaria película de Sabina Guzzanti *Draquila* (2010).

⁹ Título de un libro de los periodistas Ferruccio Pinotti y Udo Gümpel sobre las relaciones de Berlusconi con la Iglesia católica: *L'Unto del Signore*, Milán, 2009.

En resumen, Berlusconi quiere reducir la democracia no a un plebiscito, sino a una encuesta de opinión donde cada ciudadano, o ciudadana, está aislado y privado de cualquier instrumento social y cultural que permita su efectiva independencia; donde se encuentre indefenso frente a una estructura de poder basada en los medios de comunicación de masas y en el patronazgo. Para Berlusconi, la vida pública no es otra cosa que un gran escenario para publicistas y comerciales, un gigantesco zoco. O, si se prefiere, Berlusconi concibe el país como una empresa (naturalmente, de su propiedad), donde en vez de ciudadanos hay empleados y/o consumidores, un accionista principal y unos cuantos accionistas minoritarios, y donde las decisiones del director general no pueden ser contradichas o pospuestas. Por esto es por lo que para su mentalidad de magnate –y no hay que olvidar que se convirtió en un magnate gracias al apoyo político de Bettino Craxi– cosas como la separación de poderes, la limitación del gobierno y las restricciones constitucionales son verdaderamente incomprensibles e irracionales. El régimen de Berlusconi no es fascista; lo que está creando realmente es una versión posmoderna del Estado patrimonial del *Ancien Régime*.

De cualquier forma, el régimen está cruzando ahora el umbral que separa el vaciado de contenido de la Constitución de su absoluta subversión. En el verano de 2010, el gobierno trató de aprobar una ley que prohibiría que las investigaciones de los magistrados utilizaran escuchas telefónicas, incluso aunque hubieran sido solicitadas por un juez y autorizadas por otro: los periodistas que publicaran antes de un juicio transcripciones de escuchas autorizadas serían sentenciados a un mes de prisión y los editores harían frente a multas astronómicas, cercanas al medio millón de euros. Aprobada por el Senado, la ley fue retirada solamente después de meses de movilización popular, y por la certeza de que el presidente de la República se iba a negar a firmarla. Pero Berlusconi, desde que obtuvo en diciembre de 2010 un voto de confianza, se ha mostrado más deseoso que nunca de sacarla adelante. De hecho, ha preparado una ley para la reforma constitucional dirigida a despojar a la magistratura de su independencia del poder del gobierno, algo que distorsionaría por completo el sistema judicial.

Por ello, el hecho de que (por ahora) el berlusconismo no sea fascismo no debería tranquilizarnos. El fascismo no es la única manera de enterrar a la sociedad democrática; es la forma histórica determinada en la que eso se produjo en Europa a comienzos de la década de 1920. Puede haber –y habrá– otras maneras, la historia ha sido siempre muy inventiva, pero el berlusconismo ya se ha demostrado como un vehículo sin precedentes para la destrucción de la democracia. Ahora podemos preguntarnos si bajo este régimen Italia –menos de un siglo después del nacimiento del fascismo italiano– constituye un laboratorio avanzado de un proceso de degeneración que puede infectar, una vez más, a toda Europa.

Europa haría bien en no confiarse con el Pequeño Mussolini de Arcore. Desde hace muchos años, se ha fijado principalmente en su carácter pícaro, en el estilo cabaretero de su comportamiento en las cumbres interna-

cionales, en la ridiculez de sus trasplantes de pelo y de sus estiramientos faciales, en la jactancia de un Casanova de tercera, en la banalidad y vulgaridad de sus bromas. Ya que el personaje no es serio, Europa pensó que no había que tomarse demasiado en serio la destrucción democrática que emprendía el «payaso de Europa», como *L'Express* lo denominó en su artículo de portada del 8 de julio de 2009. Pero cuando en una democracia europea un personaje ridículo amasa un poder enorme, la broma se ha convertido en calamidad. Y no sólo para la gente sometida a ese poder, que en alguna medida son culpables, sino también para el resto de Europa, que, irresponsablemente, se limita a las bromas y a la ironía, en vez de tomar medidas urgentes para erradicar el virus antidemocrático que amenaza con infectarla a ella también.

Libertad caníbal

Sin embargo, los europeos tienen razón al pedir a los italianos que expliquen el enigma del consenso que hay detrás de Berlusconi. ¿Por qué esta descarada guerra contra la Constitución obtiene la aprobación? ¿Qué es lo que lleva a la mitad de la población italiana a solazarse en la voluntaria servidumbre? No hay ningún misterio y las explicaciones son simples, aunque por esa misma razón se rechacen a menudo. Podemos considerarlas de una en una, empezando con los intereses estructurales que la antidemocracia de Berlusconi protege y promueve. Berlusconi es el autoproclamado propagador de todas las libertades. Pero lo que, de hecho, siembra de manera tan libre y liberal es el desprecio por todas las minorías, sean sexuales, étnicas o políticas. Cuando los insultos vienen del vértice del poder ejecutivo se convierten en algo más que una amenaza: algunos los interpretarán como el visto bueno a la violencia (no es casual que los ataques a los homosexuales hayan aumentado repentinamente en los últimos años). Berlusconi odia cordialmente las libertades liberales que salvaguardan a las minorías, llegando hasta esa minoría extrema que constituye el individuo que disiente. Berlusconi solamente es el paladín de una libertad paralela, en la que únicamente aquellos que poseen mucho tienen derecho a la protección. La única libertad que conoce Berlusconi es la de los espíritus animales del capitalismo sin regulaciones: una libertad caníbal, *homo homini lupus*.

Muchos consideran que, ya que los políticos y los gobiernos de todos los Estados europeos están corruptos en algún grado, el caso italiano se caracteriza, simplemente, por un índice más elevado de atraco. Esto es un error grave. El robo de las «bandas» gubernamentales es gigantesco y lo invade todo, tan seguro de su impunidad que se exhibe con descarada arrogancia. No es casualidad que en Italia el kilómetro de autopista, de túnel o de vías de ferrocarril de alta velocidad cueste varias veces más que en Francia, Alemania o España. La afirmación de Marx y Engels en *El Manifiesto comunista* de que el Estado es el «comité ejecutivo de la burguesía» no es cierta en la Italia actual solamente porque este gobierno es un comité ejecutivo de asuntos ilícitos, de la criminalidad en la forma de un Estado.

La rienda suelta concedida a las ganancias conseguidas de forma dudosa obtiene la aprobación popular, en primer lugar, por la difusión masiva de privilegios, ilegalidad e impunidad. Las amnesias que rodean a las infracciones de regulaciones en la construcción inmobiliaria y a los impuestos impagados son ejemplos llamativos. Las consecuencias de estas medidas son devastadoras para generaciones futuras, pero entretanto gran cantidad de gente ha sido cooptada por medio de un compartido interés inmediato por violar la ley. En otoño de 2009 hubo una verdadera bacanal en honor de esta libertad paralela, cuando el Parlamento aprobó una ley sobre reentrada de capital del exterior que reducía el impuesto sobre beneficios no declarados al 5 por 100; sin la amnistía, el porcentaje hubiera sido más de diez veces superior. La ley también garantizaba anonimato e inmunidad absoluta frente a investigaciones sobre el origen de esos capitales; en resumen, un clamoroso caso de lavado de dinero sancionado por el Estado. Mientras tanto, las recurrentes amnistías a regulaciones en la edificación destruyen lo que queda de la riqueza histórica de Italia y la belleza de sus paisajes. Así, el principio de la impunidad para el poderoso se hace popular por el espejismo de la participación de masas, protegida por un código de silencio. Los efectos sobre los valores públicos son fácilmente imaginables. Sin embargo, el privilegio de la ilegalidad sin castigo no puede multiplicarse constantemente, como los panes y los peces, sin empujar al país al borde de la suspensión de pagos, o caer en ella.

Esta cornucopia de ilegalidad masiva está fomentada por una demagogia, diseminada sin pausa por la televisión, que constantemente promete riquezas y señala a enemigos. La pequeña pantalla presenta un puñado de promesas una tras otra, como si se tratara de unas Navidades permanentes para amas de casa y pensionistas. Los enemigos de Berlusconi son denunciados como «propagadores de plagas»; magistrados, periodistas, funcionarios de Hacienda que rastrean a evasores de impuestos, a todos los llama «comunistas» a pesar del hecho de que el comunismo se extinguiera como fuerza política en Italia hace más de una generación. Incluso ha acusado a los «comunistas» de querer crear un «Estado de policías-recaudadores» —en un momento llegó a alentar públicamente la evasión de impuestos— y a pesar del hecho de que el último gobierno de centro izquierda sólo hizo débiles intentos por frenar el fraude fiscal. En resumen, para Berlusconi, el «comunismo» significa la igualdad de todos los ciudadanos ante los impuestos y las leyes, el histórico y retórico ABC de las democracias liberales.

¿Idiotas útiles?

Hay un segundo factor que también ayuda a explicar el enigma. Incluso es más banal, tan banal que los observadores extranjeros no quieren creer en él: la abrumadora estupidez de los líderes de la oposición, cuando no su directa complicidad, como a menudo ha sido el caso. Aquí están los hechos. Berlusconi fue derrotado por dos veces, en 1996 y en 2006. Pero pudo ser derrotado desde el momento en que entró en la política en 1994, cuando to-

das las encuestas indicaban que el centro izquierda hubiera estado muy por delante si hubiera presentado a un candidato independiente, en vez del último secretario general del Partido Comunista italiano, Achille Occhetto. Berlusconi hizo campaña bajo la bandera del anticomunismo más tradicional y, en alianza con la Liga del Norte y los antiguos fascistas, obtuvo la victoria por los pelos. Pero dos años más tarde vino su choque con la Liga, y se convocaron nuevas elecciones. Fue suficiente con que el centro izquierda nominara a un no ex comunista, Romano Prodi –nada especial, pero un economista respetado y católico del Concilio Vaticano II–, para que obtuviera una victoria aplastante. Para Berlusconi parecía el fin, no sólo en términos políticos, sino también a nivel empresarial y personal. Los periódicos del momento preguntaron quién iba a tomar el lugar de Berlusconi como líder de la derecha; cuándo (dándolo por hecho) sus compañías, agobiadas por una deuda astronómica, iban a declarar la bancarrota; cuál de las muchas investigaciones en marcha por delitos graves era la que le iba a enviar a la cárcel.

Pero entonces llegó el golpe de genialidad de Massimo D'Alema, el sucesor de Occhetto como secretario del ex PCI: en vez de dar pasos para eliminar definitivamente a Berlusconi del escenario –incluso hubiera podido ser suficiente con no hacer nada en absoluto–, propuso que, juntos, debían desempeñar el papel de Padres de una Constitución «refundada», con la demencial convicción de que Berlusconi era el más débil de todos los adversarios posibles, y por ello el adversario al que había que resguardar. El resto ya se sabe: canonizado por el antiguo PCI, Berlusconi reafirmó su liderazgo sobre su cohorte política, obtuvo generosos préstamos de bancos y consiguió la aprobación de leyes bipartidistas que le mantuvieron fuera de la cárcel. En 2001 fue reelegido. Pero su gobierno fue tan desastroso que dos meses antes de las elecciones de 2006, Prodi estaba veinte puntos por encima en las encuestas. Sin embargo, la campaña del centro izquierda fue una obra de arte de ineptitud contraproducente y finalmente obtuvo la victoria solamente por un margen de unos cuantos miles de votos. Además, gracias a la ley electoral, aunque su mayoría en la Cámara Baja era considerable, en el Senado tenía mayoría solamente por un par de escaños. Pero esto se debió solamente a que el centro izquierda había rechazado el apoyo de las listas independientes (de izquierda), las «listas cívicas regionales» de casi todas las regiones del país –un apoyo que hubiera obtenido sólo con pedirlo– y que acreditaban resultados entre el 3 y el 12 por 100. Los líderes del centro izquierda explicaron que un éxito de las «listas cívicas» hubiera representado un problema político. Traducido a otras palabras, mejor perder y continuar controlando en exclusiva a «su» electorado, que ganar con el apoyo de una parte de la sociedad civil. Así, el segundo gobierno de Prodi, rehén de antiguos aliados de Berlusconi que habían cambiado de bando por puro oportunismo, cayó dos años más tarde.

En resumen, nunca ha habido un ascenso al poder más evitable que el de Silvio B. Desde 2008, hemos tenido una no-oposición que culminó en noviembre de 2010 con un «regalo» solicitado por el presidente Giorgio Napolitano y que, como un tonto, concedió Gianfranco Fini (que, como presidente de la Cámara de Diputados, tenía el poder de negarlo): Fini pospuso

durante un mes el voto de confianza de la Cámara, dando a Berlusconi tiempo suficiente para comprar a los parlamentarios que permitieron a su gobierno salvar la votación por un puñado de votos. En sus siete años en el poder, los gobiernos de centro izquierda no hicieron absolutamente nada diferente a los de Berlusconi respecto a dos temas que habían dominado la política italiana desde 1992: la justicia y la televisión. Cuando se ha encontrado en la oposición, la principal preocupación del centro izquierda ha sido evitar que los movimientos autónomos de la sociedad civil, que han mostrado que pueden sacar a la calle a más de un millón de personas¹⁰, se convirtieran en una fuerza política organizada.

Berlusconi, por el contrario, ha demostrado ser capaz de aprovechar la ola de «antipolítica» que está atravesando a la sociedad y de presentarse a sí mismo como la alternativa a los políticos profesionales, algo que nadie en la izquierda ha sido capaz de hacer hasta ahora. La izquierda todavía continúa condenando este creciente sentimiento de indignación e ira dirigido contra la clase política, considerándolo una manifestación de indiferencia o de «no compromiso», el *qualunquismo*. Sin embargo, este desprecio por lo que se ha denominado la «casta» es ambivalente¹¹; aunque puede sostener llamadas a un gobierno autoritario, actualmente expresa más a menudo el deseo de una política más radicalmente democrática, cercana a los ciudadanos y controlada por ellos. Los periodistas perezosos la describen como «antipolítica», pero más bien es «anti-*partitocrazia*» —una oposición al mandato supremo de los partidos políticos—, que pide más política y su restitución a los ciudadanos.

Una democracia fundada sobre el monopolio de los políticos de carrera ha transformado, de hecho, una esfera pública en una esfera privada y la representación política en un comercio autoencerrado, en el que la única medida del éxito es el beneficio personal que se puede sacar de ella. En esta situación, la relación entre representantes y representados queda invertida: los últimos no sienten que estén representados en absoluto, sino que pueden elegir solamente entre distanciamientos más o menos completos de su voluntad. No es por casualidad el que la participación de los votantes haya caído; incluso cuando sigue siendo elevada, las encuestas del día siguiente indican la total falta de confianza en la gente a la que acaban de elegir: «Todos son iguales», «es tan bueno (o malo) como cualquiera» y «en cualquier caso, todos se dedican a robar».

La vida política se ha convertido en una carrera más. Si fracasamos en abordar el tema clave de la *partitocrazia*, si no desarrollamos una estrategia para

¹⁰ En septiembre de 2002, con el Girotondi; en noviembre de 2009 con el Movimiento Violeta, convocado a través de Facebook; y en febrero de 2011, en protesta contra las aventuras sexuales de Berlusconi.

¹¹ El término fue popularizado por Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella, en *La Casta*, 2007, un éxito de ventas que detalla todos los privilegios de los que disfrutaban decenas de miles de políticos italianos, desde el Parlamento nacional a los gobiernos de pequeñas ciudades.

reducirla al mínimo, la alternativa estará entre dos formas de despedida de la democracia: o bien la «partitocracia», o bien el autoritarismo populista. Los partidos de izquierda que existen en la actualidad –socialdemócratas y otras risibles terceras vías– son incapaces de abordar el problema o ni siquiera de plantearlo, precisamente porque ellos son una parte integral y estructural del mismo. Ésta es la razón por la que han sido incapaces de rentabilizar una crisis financiera que debería haber reforzado los argumentos de los que piden una mayor igualdad. La crisis demostró, de hecho, la necesidad de una transformación radical incluso desde el punto de vista de la eficacia –la deidad capitalista por excelencia–, que empezara por un asalto democrático a la Bastilla de unas finanzas libres de cualquier limitación.

En resumen, la izquierda institucional se está alejando cada vez más de sus potenciales votantes; sin embargo, se impondría electoralmente si se presentara como una posición fuera del desplazamiento general hacia la *partitocrazia*. Por el contrario, los reaccionarios y conservadores de la derecha son capaces de sacar provecho simultáneamente del vaciado de la democracia y de la subversión constitucional. En la Europa actual, el vencedor será el que sea capaz de ocupar la posición estratégica de la así llamada antipolítica. Dejar esta posición a los nuevos partidos derechistas, llenos a rebosar de resentimientos racistas, es el crimen que los partidos de la izquierda están cometiendo actualmente y ello se debe a que están comprometidos hasta la médula con los intereses del *establishment*.

Putinismo para Occidente

Algunos pueden continuar creyendo que Berlusconi representa poco más que versiones exageradas de defectos comunes a todos los tipos de la derecha europea. Esto sería estar ciego. Los medios de comunicación de masas de Berlusconi describen la libertad paralela del privilegio como la garantía de las libertades civiles contra los impulsos inquisitoriales, el incurable estalinismo de los «comunistas». La ley sobre escuchas telefónicas, que deja a los magistrados con las manos atadas y a los periodistas amordazados, se presenta como la protección de la privacidad. Sin embargo, la realidad es la de un régimen policial dirigido contra los débiles, los dóciles. Actualmente, en Italia, hay auténticos campos de concentración para emigrantes de fuera de la Unión Europea y las prisiones están plagadas de pequeños traficantes y subalternos de la Mafia, pero la criminalidad de los contratos, del fraude y lavado de dinero, de la corrupción política, del espionaje industrial, y por último de las dos vertientes del crimen organizado –la gente que se beneficia de todo esto y que es la que verdaderamente está al mando–, queda ahora protegida por la ley. La justicia de clase deja de ser la práctica del poder y se transforma en un orden legal.

Todo esto es catastrófico para el tejido social. Cada ley que se promulga para asegurar la inmunidad de los «amigos», y de los «amigos de los amigos», envía ecos de impunidad por toda una esfera del crimen más amplia, ya que una ley totalmente basada en la clase, que discrimine por ingresos y posi-

ción, no es (¿todavía?) posible. Las mafias en Italia nunca han estado tan mimadas como ha sucedido con los gobiernos de Berlusconi. Mintiendo entre dientes, el régimen vocifera a los cuatro vientos que nunca se ha combatido tan enérgicamente y con tanta eficacia a la Mafia, aunque Berlusconi ataque el libro de Roberto Saviano *Gomorra*, porque supuestamente difama a Italia y mancilla su buen nombre. En una palabra: la legalidad es el enemigo. Esto se produce en un momento en el que el entrelazado de la política, los negocios y el crimen ha empezado a convertirse en una característica estructural de gran parte de Europa. Desde este punto de vista, Italia corre el riesgo de establecer la pauta para las demás democracias occidentales.

Pero nótese la paradoja: históricamente la derecha ha sido el partido de la ley y del orden. La izquierda es la que ha sido acusada de permisividad y de defender a criminales sobre argumentos «sociológicos», mientras que la derecha ha enarbolado el estandarte de la tolerancia cero. Desde esta perspectiva, Berlusconi parece a primera vista invertir las posiciones estándar, pero, de hecho, señala una profunda transformación. Una vez que la magistratura —completamente independiente del poder político (y financiero)— puede aplicar la letra de la ley, nos aproximamos a lo que el *establishment* aborrece: la drástica reducción material, así como legal, del propio privilegio. La legalidad democrática, si es consistente, es el poder de los que no tienen poder.

Berlusconi quizá representa a la derecha del futuro, que no será capaz de tolerar una igualdad jurídico-política, ni siquiera de principio, si corre el riesgo de convertirse en una realidad. Una derecha que dará carta constitucional al privilegio, que tendrá que dar forma legal a la sociedad de las nuevas castas. El prototipo es la Rusia de Putin, con sus oligarcas y sus mafias, su servil magistratura y sus periodistas trabajando con miedo por sus vidas. Por esto precisamente Europa corre el riesgo de verse infectada por el berlusconismo, este putinismo reacondicionado para Occidente. Mientras que el modelo de Putin ha sido atacado como el monstruoso producto de la fracasada transición rusa del totalitarismo a la democracia, la regresión italiana de la democracia a la posibilidad de una nueva forma de gobierno despótico simplemente se acepta o incluso se celebra.

Ya hemos mencionado el florecimiento con Berlusconi de otro ingrediente histórico del fascismo, en concreto, el clericalismo. Desde luego, la aversión hacia el laicismo es un efecto colateral del odio hacia el pensamiento crítico. Igual que el fascismo, Berlusconi está listo para rendir homenaje a los sectores más oscurantistas de la jerarquía eclesiástica, para servirla con todos los regalos que proporciona el dinero y para traducir a leyes todas las monstruosidades de su bioética; siempre que la Iglesia esté dispuesta a absolver y permanecer en silencio sobre las debilidades carnales de este régimen (siempre lo mismo: dinero y sexo). Pero si la Iglesia, de forma desagrada, se atreve a criticarle, sus dirigentes también serán tratados con métodos mafiosos. (Como en el llamativo caso de Dino Boffo, editor del periódico de la Conferencia Episcopal italiana, *Avvenire*, que cautelosamente criticó la conducta sexual de Berlusconi. *Il Giornale*, un periódico

co propiedad de la familia Berlusconi, publicó unas actas falsificadas que acusaban a Boffo de homosexual y de ofensas sexuales por las cuales, se afirmaba, había llegado a un acuerdo para evitar el proceso). En cualquier caso, éste es un clericalismo posmoderno: la genuflexión y el homenaje a la moral van de la mano con la licenciosa vulgaridad en las pantallas de la televisión; después de todo, los negocios son los negocios, y los índices de audiencia no se consiguen con *pater, ave y gloria*.

Las oposiciones se engañan a sí mismas cuando –susurrando– apuestan por el factor tiempo (Berlusconi tiene 75 años, un día llegará su hora). En primer lugar, Berlusconi, a no ser que sea derrotado, nunca cederá su poder mientras viva. En este aspecto, su psicología de aspirante a déspota es idéntica a la de los dictadores que se han mantenido durante mucho tiempo en el poder. En segundo lugar, solamente aferrándose al poder Berlusconi y sus cómplices pueden garantizarse la impunidad judicial. Si Berlusconi cae, todos acabarán en la cárcel. Esto también explica la fidelidad incondicional de sus tropas: sin Berlusconi, el régimen no duraría ni un minuto en pie. Aun así, las transformaciones estructurales e incluso antropológicas que Berlusconi ha producido, y que he esbozado a grandes rasos, podrían sobrevivir al colapso de su régimen, siempre y cuando éste se produzca. Demasiado a menudo las oposiciones han sido conjuntamente responsables de la degradación de los principales factores que salvaguardan nuestras libertades: la independencia de los magistrados, de los periodistas, de los sindicatos. Italia no se liberará a sí misma del berlusconismo sin una radicalización de la democracia que también marque una transformación radical de los partidos de la izquierda, actualmente, por desgracia, presas de la lógica del *establishment*.

¿Hacia una Tercera República?

Podemos sacar algunas conclusiones. Ninguna de las actuaciones de Berlusconi, considerada de manera aislada, puede ser acusada de convertir la democracia en su opuesto. Todos los gobiernos occidentales, en distinta medida, están marcados por la grieta entre la poesía de las Constituciones y la prosa del poder tal como se ejerce. Sin embargo, lo que es decisivo es precisamente hasta dónde llega esa «medida». Umberto Eco –aunque nunca ha participado en el compromiso más radical y consistente de algunos otros intelectuales opuestos a Berlusconi– tiene razón cuando dice:

Quando una trasformazione de las instituciones del país se produce paso a paso, es decir, en dosis homeopáticas, resulta difícil decir que cada una de ellas, por sí misma, prefigure una dictadura [...] ¿Puede alguien decir que la ley Alfano¹² prefigura una tiranía? No tiene sentido. ¿Las restricciones de las escuchas telefónicas

¹² Con el nombre del ministro de Justicia de Berlusconi, Angelino Alfano, la ley garantiza inmunidad para los cuatro puestos superiores de la política italiana, incluyendo, por supuesto, el de primer ministro. Aprobada el verano de 2008, fue declarada inconstitucional en octubre de 2009.

son realmente un ataque a la libertad de información? ¡Venga ya! [...] La función de los golpes de Estado que se encuentran en marcha es que las modificaciones constitucionales apenas se noten, o se vean como irrelevantes. Y cuando su acumulación produzca no ya la Segunda, sino la Tercera República, será demasiado tarde. No porque no sea posible retroceder, sino porque la mayoría habrá asimilado esos cambios como naturales y la gente, por así decirlo, habrá quedado mitridatizada¹³.

El berlusconismo no es fascismo. Pero solamente porque es su equivalente funcional y posmoderno; porque constituye la destrucción de la democracia liberal en las condiciones del nuevo milenio, en la época del dominio de la imagen, de la globalización de las mercancías y de la desenfrenada manipulación de la verdad.

¹³ «Noi contro la legge», *L'Espresso*, 28 de mayo de 2010; según la leyenda, Mitridates se inmunizó a sí mismo contra el veneno hasta el punto en que no pudo suicidarse cuando quiso hacerlo.